

*"Un Cambio
Sustancial En
Nuestras
Reuniones De
Iglesia."*

© 2018 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: septiembre 2018

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010918-030

“Un Cambio Sustancial En Nuestras Reuniones De Iglesia.”

En la religión evangélica se enseña que las reuniones son para llegar a reconciliar con Dios, y solventar nuestras necesidades espirituales. Otros aprendieron a reunirse por miedo, porque creen que Dios se va a molestar con ellos, y para que no les venga la calamidad y la escasez hacen el esfuerzo de asistir. Otros han hecho de la Iglesia un club social, un círculo de amistad con los que salen a pasear después de las reuniones. Otros asisten a la iglesia porque esperan que Dios los sane de alguna enfermedad; en fin, la mayoría ha aprendido a ver la Iglesia como el lugar que debe llenar sus gustos y necesidades personales, y si ésta no los llena, pues, no se congregan.

S

E

M

A

N

A

—

1

—

Hermanos, no nos debemos reunir como Iglesia por un gusto o un deseo, sino porque Dios nos llama a que lo hagamos. Para conformar la verdadera Iglesia del Señor debemos cambiar nuestra manera de pensar, y depurar nuestras intenciones interiores. No vengamos a la Iglesia esperando que sean llenas nuestras expectativas, ni buscando sentir algo en el ambiente. Como seres humanos siempre buscamos un incentivo para hacer algo, por ejemplo, cuando queremos hacer ejercicio nos compramos un par de zapatos para salir a caminar, y esa motivación de estrenarlos nos hace que nos levantemos un par de días bien temprano a ejercitarnos; a la siguiente semana nos pasa el encanto de los zapatos y ya no hacemos nada. En realidad, todos deberíamos hacer ejercicio por salud, eso debería ser más que suficiente para motivarnos, aún así tengamos o no deseos de hacerlo. Lo mismo debería ser en lo espiritual, no debemos congregarnos por miedos, por misticismos, por gustos o

necesidades, sino porque Dios quiere que nos reunamos.

Cuando sea el tribunal de Cristo, seremos juzgados en primer lugar por habernos congregado, o por no haberlo hecho; el que nunca se congregó, automáticamente será reprobado. Luego, los que sí se congregaron Dios los va a castigar, o recompensar de acuerdo a sus obras. La base que debemos tener para reunirnos como Iglesia es la revelación de que Dios quiere que lo hagamos. Ya dejemos la enseñanza evangélica que nos enseñó a asistir a la iglesia por ir a escuchar a un famoso cantante, o a un buen predicador, la única razón que debe prevalecer es que Dios nos llama a que nos congreguemos. Es obvio que en la casa de Dios siempre habrá alguna porción para nosotros, muy seguramente escucharemos una palabra de Dios que será propicia a nuestra vida, recibiremos el amor de los hermanos, y muchos otros beneficios que seguramente hallaremos pero éstos no deben ser la base para reunirnos.

Dios no solo quiere que seamos parte de Su Cuerpo, sino también quiere que lo expresemos y lo manifestemos estando integrados a una Iglesia Local. El Señor Jesús fue claro al decir: *Mateo 18:20* “*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*”. El Señor no dijo “*si dos o tres quieren reunirse*”, más bien hay implícita una orden de “*estar congregados*”. Él estará presente cuando dos o tres tengan la revelación de estar reunidos en Su Nombre.

Necesitamos espíritu de sabiduría y revelación para poder manifestar a Cristo en nuestras reuniones, pues el objetivo es llenar los propósitos eternos de Dios. Dice *Efesios 1:17* “*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de Él*” (BTX). Lo que podemos interpretar de estas palabras del apóstol Pablo es que le pidamos a Dios espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo plenamente como el Cristo múltiple. Necesitamos la

revelación de que somos llamados a congregarnos como Iglesia porque de esa manera hacemos avanzar el Plan de Dios.

No importa que la Iglesia se vea moribunda y en crisis, no debemos dejar de reunirnos, al contrario, es cuando más debemos apoyarla. Hay hermanos que ya tienen años de conocer al Señor, y cuando llegan las crisis a sus iglesias locales, lo que hacen es cambiarse de iglesia, se van a buscar otra que “no tenga problemas”, que poca revelación tienen tales creyentes. El apóstol Pablo dijo: *“Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados”* (1 Corintios 11:19–20). Note que el apóstol dijo que era “preciso” que aparecieran los hermanos “problemáticos”, los que causan divisiones, para que así se manifestaran los aprobados. No debemos movernos de una localidad solo por problemas, al contrario, en los tiempos de crisis es cuando más debemos apoyarla.

Cambiamos nuestra actitud al reunirnos, vayamos con el deseo de servirnos los unos a los otros, y también con la disposición de recibir la capacitación que nos dan los ministerios de la palabra. Dice *Efesios 4:11* “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, v:12 a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. En este verso la palabra “santos” no se refiere a gente que “no peca”, el significado de “santos” es gente apartada. Dios no anda buscando gente perfecta, Él busca a aquellos que crean que han sido apartados para Él, para Sus planes, para Sus propósitos. Debemos tener fe que fuimos apartados para Dios desde antes de la fundación del mundo. Los ministerios, por lo tanto, fueron constituidos por Dios para capacitar a los “santos” con el fin de que puedan servir en el Cuerpo de Cristo. Todos los creyentes son llamados a ser miembros funcionales dentro de la Iglesia, según el don que hayan recibido de parte de Dios.

Todos somos llamados a integrarnos a una localidad, y esto lo manifestamos cuando servimos. Satanás es el acusador, él quiere que pensemos que no somos dignos de servirle a Dios. Ningún creyente es perfecto, pero con todo y nuestras faltantes, cuando nos reunamos como Iglesia dispongámonos al servicio del Señor.

Al día de hoy estamos disfrutando de muchas cosas hermosas en nuestras reuniones, nos sentimos alegres de que todos podemos expresar algún pensamiento de la palabra, algún salmo, estar en comunión con los hermanos, etc. pero no debemos quedarnos en el punto de sentir estas cosas agradables, sino en saber que estamos en la oikonomía de Dios. Elevemos nuestras reuniones a la manera ordenada por Dios, las sintamos o no bonitas, hagámoslas como Él quiere que se hagan.

Ser La Iglesia, Y Participar De La Iglesia Son Dos Cosas Muy Distintas.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Al creer en Cristo, somos salvos, nuestro espíritu es regenerado, nos afilian a la familia divina, y nos bautizan en el Cuerpo de Cristo; en otras palabras, venimos a ser miembros de Su Cuerpo. El Cuerpo de Cristo (que es la Iglesia) es Universal, intangible, invisible, pero existe, es real, sólo que aquí en la tierra necesita una entidad física que lo manifieste y lo exprese. El Cuerpo de Cristo es amplio, todo el que cree en Jesús puede ser un hijo de Dios, sea así católico, evangélico, luterano, etc. si cree en el Señor es salvo, y por lo tanto, es un miembro de Su Cuerpo.

Ahora bien, una cosa es ser parte de la Iglesia, y otra cosa es participar de la Iglesia. En palabras más didácticas

podemos decir que, todos los hijos de Dios somos parte de la Iglesia Universal, pero no necesariamente todos estamos participando de ella. La Iglesia y las Iglesias locales son dos temáticas muy diferentes; si bien es cierto, ambas tienen relación, no son lo mismo. La Iglesia Local es la reunión de los santos y fieles que se congregan para ser la expresión del Cristo múltiple, y darle así, desarrollo al Plan Eterno de Dios. Todo el que es Hijo de Dios es parte del Cuerpo de Cristo, pero no todos los hijos de Dios participan como miembros de Su Cuerpo. La única manera de participar del Cuerpo de Cristo es siendo parte de una Iglesia Local.

La Iglesia Local, aunque tiene una referencia en singular, es una entidad plural. Por ejemplo, la Biblia nos habla de la Iglesia en Corinto (no habían dos, era una sola), sin embargo, estaba conformada por todos los santos que vivían en Corinto, es decir, era una unidad compuesta por los santos y fieles que vivían en esa localidad. Dice *Hechos 2:47* “Y el Señor añadía a la Iglesia

los salvados de día en día” (*Biblia Moderna de Pratt*). Según esta traducción sí es necesario hacer una diferencia entre La Iglesia (Universal) y Las Iglesias (Locales). De manera didáctica podemos decir que “La Iglesia” es el Cuerpo de Cristo, y que Las Iglesias expresan a Cristo. Si somos hijos de Dios, somos parte de La Iglesia, somos Su Cuerpo; pero no podemos participar de la expresión del Cuerpo de Cristo a menos que nos reunamos con la Iglesia local. Si yo hablo de “La Iglesia en Berea”, me estoy refiriendo a La Iglesia local conformada por los santos que viven en Berea. La Iglesia Local es la autorización divina para que dos o tres creyentes se reúnan en el Nombre del Señor, en medio de quienes Él podrá expresarse. Las Iglesias locales, por lo tanto, son la expresión física del Cuerpo de Cristo.

Los apóstoles concentraron su labor ministerial en las Iglesias Locales, no en “La Iglesia”. El trabajo que se debe hacer por la Iglesia es anunciar las Buenas

Nuevas de Salvación a toda criatura; pero el trabajo apostólico no se centralizó en tal predicación salvadora, más bien los apóstoles se dedicaron a fundar, establecer, y velar por el desarrollo de Las Iglesias locales. Cada Iglesia local es una “Sucursal del cielo”, tiene la autorización divina para ser el Cuerpo de Cristo acá en la tierra.

Nadie puede decir que participa de la Iglesia si no se reúne con los hermanos de su localidad. Es obvio que hay motivos a veces para no reunirse, por ejemplo: un viaje, una enfermedad, trabajo extra, etc. pero a parte de lo ocasional, debe existir una regularidad para congregarse. Hoy en día existen muchos matrimonios “virtuales”, a veces los maridos se van al extranjero a trabajar y pasan años comunicándose a distancia, y según ellos viviendo a miles de kilómetros su relación va a prevalecer, sin embargo, la experiencia les muestra que no es así. Podemos decir que tales personas están casadas pero no “practican” el

matrimonio. Así hay también muchos cristianos “virtuales”, creyentes que no se congregan fielmente, que sólo van a las reuniones muy de vez en cuando, en realidad ellos son parte del Cuerpo de Cristo pero no están participando de la Iglesia. No podemos ser la Iglesia de Cristo a distancia, tal concepto no existe. Es impresionante como el apóstol Pablo tenía tal comunión con las Iglesias, que aun cuando estaba encarcelado les decía qué hacer, los aconsejaba, los reprendía, pero nunca se le ve desligado de la comunión orgánica con el Cuerpo de Cristo. En aquellos tiempos el apóstol Pablo hacía grandes esfuerzos por estar en comunión con los hermanos, él tenía grandes obstáculos a causa de las distancias, y los religiosos de su tiempo que lo perseguían y lo apresaban. El colmo de hoy en día es que los hermanos teniendo toda libertad de congregarse no lo hagan.

Cuando dos, tres, o más hermanos se reúnen en el Nombre del Señor como una

Iglesia local, se convierten en la expresión y la manifestación de Cristo. Si en una ciudad solo hubieran tres creyentes, pero no se conocieran entre ellos, pudiéramos decir que ellos “son” el Cuerpo de Cristo en esa ciudad, pero no podríamos decir que ellos expresan y manifiestan al Señor. La única manera en la que estos tres hermanos pueden ser, en la práctica, el Cuerpo de Cristo, es reuniéndose. Si se reúnen con responsabilidad y constancia en el Nombre del Señor, ellos se convierten en la Iglesia de esa localidad. Sólo hasta que se reúnan podrán decir que el Cristo múltiple se está gestando a través de ellos en esa localidad. No importa que no sean multitud, basta con dos o tres, pero deben estar fielmente juntos y en armonía.

El Señor no anda buscando únicamente que la gente se convierta al Evangelio, ni tampoco busca cristianos que asistan a reuniones de Iglesia, lo que Él busca son cristianos que se reúnan en Su Nombre con el fin de poner en práctica Su

Oikonomia divina porque entre los tales surge la verdadera Iglesia, Su Cuerpo. En una ocasión el Señor Jesús le dijo a Pedro: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. (Mateo 16:17–18). ¿A qué tipo de Iglesia se estaba refiriendo el Señor? ¿A las iglesias que los hombres levantan a su antojo, o a las que se edifican según Su Oikonomia? ¿Qué Iglesia será capaz de prevalecer ante las puertas del Hades? Es obvio, que sólo Las Iglesias que estén plantadas según el corazón de Dios.

Para hacerle guerra al reino de las tinieblas no se necesitan multitudes, ni tener el mejor templo de la zona, lo que se necesita es que dos ó tres hermanos se reúnan en el Nombre del Señor para ser una Iglesia conforme a Su corazón, y que así se ocupen de darle avance al Plan Eterno de Dios.

Las Reuniones De Iglesia Son El Eslabón Que Hace Posible Que Lo Divino Se Haga Práctico Entre Los Hombres.

Al estar reunidos como Iglesia vivimos, experimentamos y expresamos a Cristo. Si no hubieran reuniones todo quedaría a nivel de revelación o doctrina, pero no pudiéramos vivir, experimentar, ni manifestar la realidad del Cuerpo de Cristo. Si algún creyente dijera: “No me voy a congrega en ninguna iglesia, pero voy a buscar al Señor a solas y voy a leer la Biblia”, si fuera honesto y fiel en hacer éstas cosas, llegaría el momento en que tendrá que sentirse agobiado por no congregarse, pues, la Biblia nos grita por todos lados que es necesario congregarnos. Qué va a hacer este hermano ante los versos de la Biblia que dicen: “No os dejéis de congrega”; “soportaos los unos a los otros”; “sométanse

S

E

M

A

N

A

—

3

—

los unos a los otros”; “el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”; etc. Es imposible evadir la ordenanza de tener reuniones con nuestros hermanos, nadie puede tener plenitud en Dios si no se congrega. Para Dios es necesario, santo y justo que nos reunamos, es Su Oikonomia. No pensemos que tenemos derecho al Evangelio si no pagamos el precio de estar reunidos. Dios en su Oikonomia neotestamentaria del tiempo presente no trata con individuos, trata con Su Iglesia, trata con los creyentes que se reúnen en Su Nombre en su localidad.

El principio de Dios es que nos reunamos localmente. Si se diera el caso de que alguien no encontrara una segunda persona con quién reunirse en su localidad, ya no sería un problema de él, es un designio divino. Pero normalmente Dios se ocupa que, en cada localidad, hayan al menos dos o tres que se reúnan en Su Nombre. Dios no ve bien que en una localidad haya una Iglesia y alguien decida

ir a congregarse a otra ciudad; Dios no aprueba tal actitud bajo ningún punto de vista. Estos principios no son un invento, están en La Escritura, lo dijeron los apóstoles del Señor, por lo tanto, debemos ponerlos por obra.

Yo sé que hoy en día hay muchas iglesias en una misma localidad; esto no debería ser así, pero es la consecuencia de haber convertido la Iglesia del Señor en una institución. Debido a que hay tantas denominaciones, a algunos hermanos les es difícil encontrar una iglesia orgánica que quiera reunirse bajo la oikonomía de Dios. La voz de la profecía dice: “*Salid de en medio de ella pueblo mío...*”, es obvio que tenemos que salir de la Iglesia institucional. Si alguien está viviendo el caso de no tener alguien más con quien reunirse, pues, conviértase en un misionero en su localidad, comparta este evangelio y tarde o temprano habrá uno más que crea su mensaje. No tengamos temor a expandirnos, no tengamos temor de irnos a vivir a lugares donde no hayan

iglesias orgánicas, al contrario, procuremos movernos con la visión de ser misioneros y plantarnos cual semilla, esperando que Dios nos permita multiplicarnos. El problema de muchos hermanos es que se mueven a otros lugares bajo sus propios intereses, sin visión de edificar la Iglesia, y ni modo, se paran muriendo espiritualmente. El libro de los Hechos nos narra que llegó un tiempo en el cual todos los creyentes fueron esparcidos de Jerusalén, y sólo se quedaron los apóstoles; todos los demás hermanos emigraron, pero lejos de abandonar la fe se fueron a plantar como iglesias a las ciudades a donde Dios los había guiado. El trabajo de los apóstoles consistió después en llegar a las localidades donde habían sido esparcidos para confirmarlos en la fe. Así que hermanos, tengan visión de establecerse como iglesias locales, aún así los dos o tres sean los miembros de la familia; papá, mamá, e hijos reunidos en el Nombre del Señor pueden ser una Iglesia local;

plántense en una ciudad como misioneros y dedíquense a predicar a Cristo.

Sólo mientras estamos reunidos lo divino podrá volverse práctico entre los hombres. El objetivo de las reuniones no es darle lugar a lo nuestro, sino a Cristo. Por ejemplo, cuando nos reunimos para celebrar la Cena del Señor, no se trata de que comamos lo que más nos gusta, sino que, mientras estemos reunidos en el Nombre del Señor, comamos con alegría y sencillez de corazón con los hermanos, haciendo así expresamos y manifestamos la naturaleza divina a través de algo natural. No le imprimamos nuestro gusto personal a las reuniones, al contrario, dejemos que lo de Dios se pueda palpar a través de ellas. Otro ejemplo de esto es la “alabanza”, siempre queremos alabar al Señor con cantos, y generalmente cantamos lo que nos gusta a nosotros, cuando debemos dejar que sea el Señor quien alabe al Padre en la congregación. Dice *Hebreos 2:11* “*Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual*

no se avergüenza de llamarlos hermanos, v:12 diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré". Es el Señor quien debe decidir cómo lo alabamos, y si cantamos debemos disponernos a cantar lo que Él nos diga que cantemos. No hay espacio para nuestros gustos en las reuniones, no hay espacio para el "yo" individualista de cada hermano. Entre más individualistas seamos, menos manifestación y expresión del Cuerpo de Cristo tendremos; pero si nos disponemos a menguar, y por práctica el amor y la unidad, abriremos espacios para que lo divino se fusione con lo humano.

Las reuniones orgánicas no las vamos a alcanzar de la noche a la mañana, pero enfoquémonos hacia eso. Procuremos que nuestras reuniones nos lleven a Cristo, y que todas las cosas sean en Él y para Él. El objetivo primordial que debemos tener al reunirnos es ser Uno con Cristo. Es mejor la unidad del Cuerpo, que diez milagros que no reflejen a Cristo al mundo. Es mejor

la unidad del Cuerpo, que veinte coros aislados de Cristo; nada es más importante, en relación al Plan de Dios, que expresar y manifestar al Hijo. La Iglesia no necesita súper miembros, necesita ser un Cuerpo que crezca juntamente con todos sus miembros.

El Objetivo De Las Reuniones De Iglesia Es La Unidad

S

E

M

A

N

A

—

4

—

Dice Juan 17:20 “Mas no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, v:21 para que todos sean uno. Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”. La oración intercesora de Cristo por los creyentes fue que todos llegáramos a la unidad. Obviamente, no se refiere a ser Uno con todos los hermanos del mundo, eso es algo imposible; más bien se refiere a que los creyentes de una misma localidad se reúnan en Uno. Estos versos nos están hablando de una práctica, de la única manera posible en la cual podemos ser la Iglesia de Cristo. Si yo vivo en San Salvador, no puedo pretender tener Vida de Iglesia con los hermanos de Guatemala, debo reunirme con los santos en San Salvador. La única

manera de ser Uno con los santos es a través de las reuniones de Iglesia en una determinada localidad.

El Señor Jesús dijo: *“Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”*. ¿Cómo sabemos si estamos “en” el Padre y en el Hijo? Expliquemos esto en palabras del apóstol Pablo, pues, una cosa es ser parte de Su Cuerpo, y otra muy distinta es estar en Él de una manera práctica.

Dice 1 Corintios 12:13 *“Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu”*. Según las palabras del apóstol Pablo, la persona que cree en Jesús, automáticamente viene a ser parte de Su Cuerpo que es la Iglesia; esta es una realidad espiritual totalmente cierta. Ahora bien, la realidad espiritual y la práctica de Iglesia son dos cosas distintas. La práctica de la Iglesia en la tierra se da

únicamente cuando dos ó tres se reúnen en el Nombre del Señor. Explicuemos esto con un ejemplo normal: Si el hermano Fulano tiene dos hijos, ¿qué deben hacer ellos para ser considerados hijos del hermano Fulano? ¡Nada! Ya son sus hijos, él los engendró; ahora bien, a medida que van creciendo, el hermano “Fulano” los va instruyendo para que parezcan sus hijos en todo sentido, que no se parezcan sólo físicamente sino también en su conducta y comportamiento moral. Si un día uno de sus hijos se vuelve un delincuente, muy seguramente el hermano “Fulano” le va a decir: “*No pareces mi hijo*”, ¿Por qué dirá eso? Porque aunque es su hijo biológico, sus actitudes son contrarias a las que él le enseñó. Así debe ser en lo espiritual, no sólo debemos ser hijos de Dios, sino parecer Sus hijos. La práctica como hijos de Dios la tendremos únicamente si nos reunimos con el Cuerpo de Cristo. La cita de *1 Corintios 12:13* nos da la certeza que somos el Cuerpo de Cristo, pero el Evangelio de Juan nos habla de la práctica de cómo permanecer en Dios.

Dice Juan 15:1 “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. v:2 Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto. v:3 Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. v:4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. v:5 Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer”.

Según este pasaje el Señor Jesús es la vid, el Padre es el viñador, y los sarmientos son los creyentes. Lo tremendo de este pasaje es lo que dice el v:2 “*todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita*”; la pregunta es: ¿Al ser quitados dejamos de ser hijos de Dios?, ¡No!, lo que sucede es que la figura de la vid se refiere al Cuerpo múltiple de Cristo manifestado en la localidad. Nunca dejaremos de ser hijos de Dios, ¡eso jamás! lo que sí puede sucedernos es que dejemos

de permanecer en la vid que es Cristo, la cual se manifiesta en la Iglesia local. Si somos prácticos, la única manera de permanecer en Cristo es cuando nos reunimos con los hermanos de la localidad, y por ende, dejamos de estar en Él cuando abandonamos las reuniones de Iglesia.

Leamos nuevamente Juan 17:22 “*Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste*”. El Señor está rogando que nosotros estemos en Él con el fin de que haya un testimonio al mundo. Como ya vimos, la manera objetiva de estar en Él es cuando nos reunimos, de lo contrario, el Cuerpo de Cristo se vuelve un asunto etéreo y abstracto. No hay tal Cuerpo de Cristo fuera de la Iglesia local; el mundo no obtendrá un testimonio de Cristo sólo porque nosotros creamos en Él, somos testimonio únicamente cuando dos o tres estamos reunidos en Su Nombre. La Iglesia no debe ser sólo una revelación, debe ser una práctica. Cuando el mundo

vea que el hermano “fulano” y el hermano “mengano” se reúnen en el Nombre del Señor, y son una unidad indisoluble, entonces habrá un testimonio de Cristo en la tierra.

Dice Juan 17:22 *“La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”*. ¿Cuál es esa gloria? Es la que dice el v:24 *“Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”*. La gloria a la que está haciendo referencia el Señor es a la que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera, y lo que existía antes de la fundación del mundo es lo que dice Juan 1:1 *“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. v:2 El estaba en el principio con Dios”*. La gloria que tenía Cristo antes de la fundación del mundo era la unidad orgánica con Su Padre, ellos eran Uno. Ahora bien, el Señor Jesús nos ha dado a nosotros también esa gloria, nos ha puesto

en un plano orgánico-corporativo con Él y con el Padre. No hay gloria mayor que podamos adquirir en esta tierra, que estar en Él a través de la Iglesia local.

Una de las cosas en las cuales el Señor nos va a probar a todos en este tiempo, es en cuanto al desmantelamiento de los programas emocionales adquiridos en torno a nuestra familiaridad consanguínea. Hay una cantidad de referencias bíblicas que nos hablan claramente de cortar el cordón umbilical que nos amarra a nuestra familia natural; por ejemplo, lo que dice Mateo 10:37 *“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”*. Citas como éstas hay muchas en toda la Biblia, en muchos pasajes el Señor nos desafía a ponerlo a Él en prioridad antes que a nuestra propia familia; ¿Por qué Él nos pide esto? Porque nos ha dado la gloria de ser Uno, así como Él y el Padre son Uno. La Iglesia local debe darnos un lazo de unidad mucho más grande que el que nos provee nuestra

familia natural. Dice también Lucas 11:27 “Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. v:28 Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan”. Esta mujer quiso resaltar el vínculo materno de Jesús con María, sin embargo, Él le dijo que lo más grande para los hombres es la unión divina. No hay mayor gloria que podamos adquirir en esta vida que ser Uno con los hermanos de la localidad, así como el Padre y el Hijo son Uno.

Empecemos a dar en las reuniones lo que sea para edificación del Cuerpo de Cristo, como dijo el apóstol Pedro: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”. (1 Pedro 4:11-12). Perdamos el miedo de aportar una palabra en las reuniones,

entrenémonos en ello poco a poco, hasta que nos perfeccionemos en hablar lo que Dios quiera que hablemos, y de igual manera aprendamos a callar cuando el Señor nos diga que callemos. El epicentro de la Iglesia son las reuniones, y en éstas debemos procurar la unidad. Somos Uno cuando Cristo es el centro entre nosotros. La Unidad a la que nos estamos refiriendo no es la democracia, no se trata de darle razón a “la mayoría”, ni de tratar de complacer a todos. La verdadera unidad la alcanzamos cuando todos botamos lo nuestro y le cedemos todo a Cristo. Al llegar a este punto de la unidad, hacemos avanzar el Plan Eterno de Dios, porque dicho Plan consiste en reunir todas las cosas en Cristo. En la Iglesia no deben existir los gustos personales, ni las opiniones individualistas, todo debe ir dirigido a ser uno con Cristo. Las reuniones no son para que nos sintamos realizados de manera individual, sino para agradar el corazón del Señor a través de la unidad.